

Un encuentro con Isabel García Lorca

Autor(en): **Siebenmann, Gustav**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **58 (2011)**

Heft 3: **Fascículo español. Federico García Lorca, 75 años después**

PDF erstellt am: **16.05.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-271919>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern. Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Un encuentro con Isabel García Lorca

Fue el 21 de agosto de 1984. Tras una intervención en el curso organizado por Manuel Alvar, en Málaga, mi mujer y yo pasamos unos días de veraneo en el parador de Nerja. Un día se nos antojó subir a Frigiliana, y al regresar de ese pueblecito andaluz y del valle del Higuerón, escondido y verde, nos dijeron en el hotel que Claudio Guillén había preguntado por nosotros. Ya me había dicho Manuel Alvar que él también estaba veraneando con su familia, en una casita cercana de Nerja. Como Claudio me había dejado su teléfono, lo llamé y acordamos tomar una copa, junto con Mario Hernández, la tarde del día 18. La animada conversación versó sobre la Generación del 27 y, gracias a Mario Hernández, sobre Lorca. Me advirtieron luego que para el lunes 20 Francisco Giner de los Ríos, otro entusiasta y coleccionista de los del 27, había invitado a cenar en su casa a un grupo de amigos. Y Claudio insistió que yo también quedaba invitado. En efecto Francisco me lo confirmó, puesto que nos habíamos conocido en México, en casa de Max Aub.

Al entrar en esa casa repleta de libros, al borde del barranco, me presentaron a casi una docena de invitados, y, para gran sorpresa mía, a Isabel García Lorca. Ella también, según me dijeron, solía pasar unas semanas de verano en Nerja. Nos sentamos en una larga mesa que pronto se llenó de tapas, de copas y botellas, el todo acompañado de unas conversaciones cada vez más ensordecedoras. Francisco, el anfitrión, me tocó la espalda y me propuso enseñarme su biblioteca. Una mina, de veras, con tantas primeras ediciones con dedicatoria, con rarezas sorprendentes y joyas bibliófilas. De paso le pregunté a Francisco si creía posible que yo le hiciera una entrevista a Isabel, y él no vaciló en arreglarla. Al despedirnos, ella misma me propuso el encuentro en el Balcón de Europa, para el día martes 21, a las cinco (en punto) de la tarde.

Desde luego no falté a la cita, e Isabel ya estaba sentada en un rincón. Durante la escasa hora que conversamos, volví a asombrarme de lo poco que ella se parecía a Federico. Los temas fueron algo triviales, al comienzo. Le conté algo de mi vida, de mis ocupaciones, de mis viajes, y ella me escuchó atenta, dijo poco, hasta que mencioné el problema de las traducciones de Enrique Beck al alemán. Entonces se animó y repitió casi

verbalmente los reproches que le había escuchado a su hermana mayor, a Concha, en un encuentro en Madrid, en 1958. Eran quejas ya tradicionales en la familia, aunque, según supe mucho después, el asunto de los derechos había quedado legalizado. La tardanza de Beck en pagar los derechos a la familia, en cambio, parece haber sido efectiva. Y continuando con la misma animación Isabel habló del cariño con que su hermano la había tratado, de su estrecha colaboración con Federico en La Barraca, hasta que inesperadamente su semblante se enturbió. No fue por lo que yo pensé, por la tragedia del asesinato de Federico. Cuando tras un silencio continuó, en tono casi confidencial, se lamentó con amargura de que su propia vida había quedado siempre en la sombra de su famoso hermano. Mencionó varios ejemplos, y cuando yo, evidentemente desinformado, le pregunté si ella también había publicado algo, contestó, casi con despecho, que no le habría valido para nada, puesto que si le hubieran hecho caso, habría sido sólo por ser hermanita de FGL. Tácitamente le tuve que dar la razón. Para colmo me preguntó directamente si yo habría pedido este encuentro al no ser ella la hermanita... No pude negarlo, por ser evidente. Sin embargo, cuando traté de aludir a la fama compartida por toda la familia, por suerte asintió y hasta añadió que la envidia es un sentimiento vil y que, por favor, no se lo contase a nadie. Nos despedimos como amigos, y no volvimos a encontrarnos.

Como se ve, con estas líneas estoy desobedeciendo al ruego de Isabel. Creo que ahora, unos nueve años después de su fallecimiento en enero de 2002, puedo publicar mis recuerdos. El lector habrá advertido que el encuentro descrito no fue, ni por una ni por otra parte, una entrevista. Isabel, que tenía entonces unos 72 años de edad, lo debió notar y por ello habló como lo hizo. Por tacto —y por suerte— en aquella tarde no mencionamos el asesinato de Federico. En el artículo necrológico que se publicó en *El País* del 10 de enero de 2002 citan unas palabras de Isabel. Nunca quiso hablar públicamente de lo que representó aquel drama para ella, pero poco antes habría reconocido frente a *ABC* que «ha marcado mi existencia. Pero jamás hablaré».

Por otra parte, tras sus años en el exilio de Nueva York, donde se formó para el ballet, después de su vuelta a España en 1951 (la enseñanza, el cine, el teatro), una vez jubilada, se dedicó plenamente a la conservación de la herencia de Federico y de su mundo, colaborando abnegadamente en la Fundación FGL, cuya presidenta de honor llegó a

ser. No quiso asistir a las ceremonias que se hicieron en Fuente Vaqueros y en el Reina Sofía de Madrid, en 1998. «No podía soportar la emoción», dijo, pero escribió unas líneas conmovedoras prologando el famoso catálogo.

Speicher (AR), enero de 2011

GUSTAV SIEBENMANN
Universidad de St. Gallen
gustav.siebenmann@bluewin.ch

